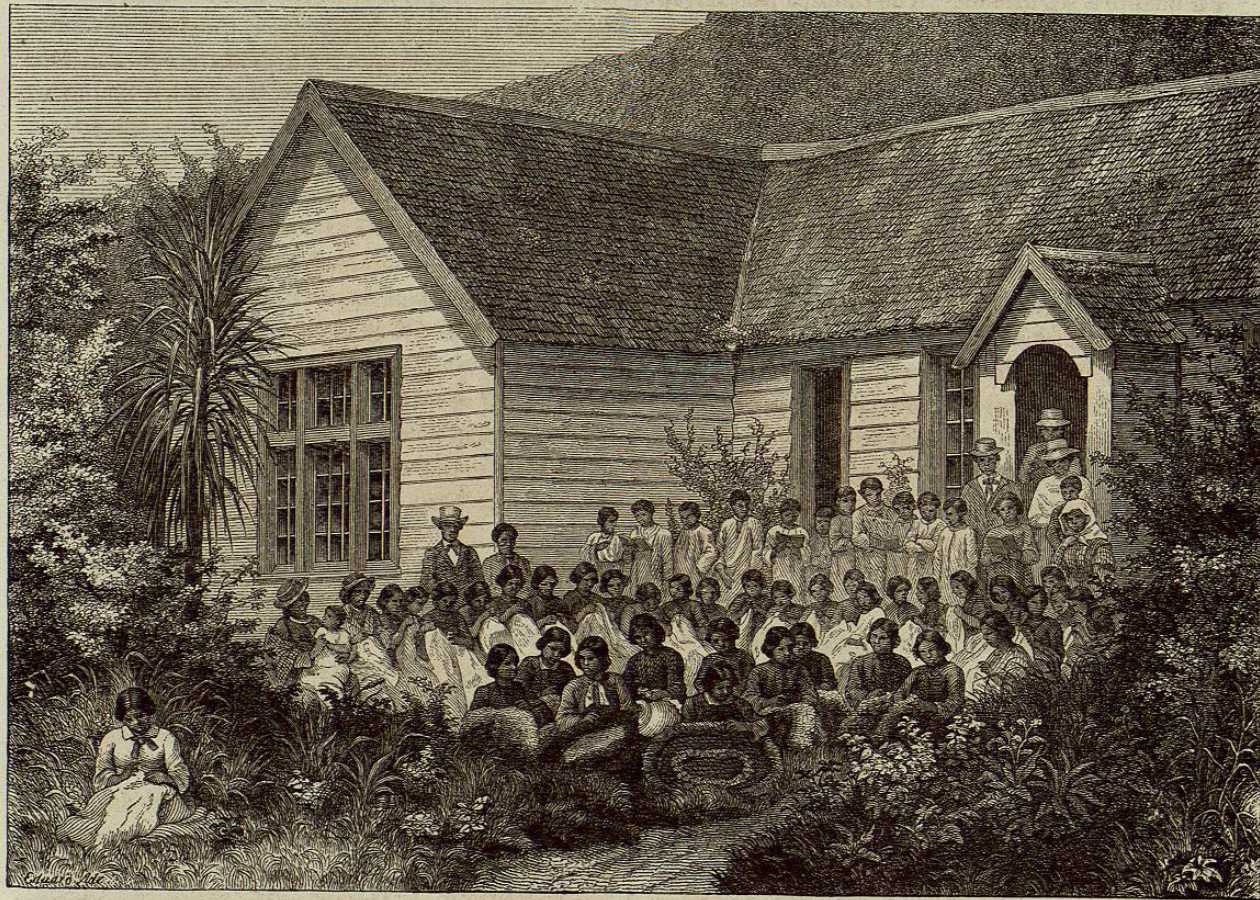


entre ellas algunas muy lindas de cuerpo y de cara. Pero reina en este mujerío una costumbre rara: los cochinitos de leche tienen gran favor cerca de las mujeres, que los estrechan en su seno acariciándolos con tanta ternura como nuestras damas á sus perritos. No esperaba yo encontrar en los antípodas la manía de nuestros antepasados del siglo XV.

A poca distancia de la población maori yace la pe-

queña localidad europea de Havelock, que hasta el presente no tiene mas que dos casas. Los indígenas consideran este establecimiento como el límite meridional hasta donde los pakehas tienen el derecho de avanzar. *Hasta aquí y no mas lejos*, dicen ellos. Tienen una obstinación invencible en impedir la prolongación del *Great south road*, y durante la insurrección de Taranaki en 1861, William Thomson, el jefe



Misión de Taupiri, escuela de maories.

de las tribus Waikato, declaró que si el gobierno hacía avanzar sus tropas mas allá de Mangatawhiri, ó si continuaba la construcción del camino bajo la protección de la fuerza armada, sería un caso de guerra que autorizara la ruptura de las hostilidades. La importancia de la ocupación de este lugar se explica por el desenvolvimiento que podrá adquirir cuando el Waikato se abra al comercio europeo.

El 9 de marzo al amanecer, el río de Mangatawhiri nos ofreció un fresco baño; pero no nos pusimos en marcha hasta las nueve. La canoa había sido hecha recientemente con el tronco de un pino *kahikatea*: de 60 pies ingleses de largo, 4 de ancho y 3 de profundo, era bastante grande para recibir á toda nues-

tra gente (veinte y cuatro personas) con sus equipajes. Cuando la limpiaron y puso en su fondo una capa de helecho fresco, los maories se sentaron en la proa, provistos de sendos remos y en medio los cinco *pakehas* ó europeos. Cuatro mujeres indígenas con dos niños que iban en busca de sus hombres á quienes esperaban hallar en el Waikato, se acomodaron junto á nosotros.

La impresión que produce la vista de este magestuoso río es grandiosa: yo no puedo compararlo mas que al Rin ó al Danubio. Es sin duda el río principal de la isla setentrional, tanto por la longitud de su curso, como por el volumen de sus aguas. La piedra pomez que su corriente arrastra y acumula en sus

orillas y desembocadura, revela que tiene su origen en las inmediaciones del importante grupo volcánico del centro de la isla. Sus nacimientos están en el centro del país, sus aguas riegan los campos mas bellos,

poblados por las mas numerosas y potentes tribus á que da su nombre. Es, pues, la gran arteria de la isla del Norte: solo le falta una desembocadura libre y accesible.



Jóven neo-zelandesa de Taupiri con sus sobrinos.

## VI.

El Waikato.—La misión de Taupiri.—Encuentro con indígenas.

Los naturales consideran el Waikato como una pertenencia suya mas propia que ningun otro río de la Nueva-Zelanda. Ninguna embarcación europea ha navegado aun, segun creo, por este orgulloso río;

solamente las canoas insulares animan su superficie. Dos casas de misión, una junto á su embocadura y otra en el Taupiri, son los únicos establecimientos que se hallan á lo largo de su curso. Los *maories* defienden su río nacional con toda la obstinación de una raza que se siente amenazada en sus derechos y existencia por la inmigración de las colonias europeas; así es que se agarran, por decirlo así, á sus márgenes con todas sus fuerzas, persuadidos de que si ven-

diesen la tierra, derramarían la sangre de su corazón, y si dejasen pasar á manos europeas la navegación del río, cesaría de latir su pulso.

El aspecto del Waikato parecía escitar en nuestros remeros muchos recuerdos: muchas cosas tenían que contarse; cada canoa que aparecía en las aguas, preguntaba ó era preguntada, porque los maoríes son curiosos y quieren saber siempre lo que hay de nuevo.—¿Dónde se vá?—¿De dónde se viene?—¿Quién sois?—Hé aquí las preguntas que se cambiaban. Una canoa se aproximó á nosotros á su paso, y pudimos ver su tripulación: indígenas, perros, cerdos, que parecían todos sorprendidos de ver *pakehas* en el Waikato. La noticia de que nosotros subíamos el río nos precedía, sin correo ni telégrafo, pero con rapidez admirable, según se me dijo luego. Después de haber platicado harto tiempo á derecha é izquierda, seguimos lentamente nuestro rumbo. Uno de nuestros indígenas que era el *kaituki* (jefe de remeros) comenzó entonces á cantar estrofa sobre estrofa, primero muy despacio y luego cada vez más rápidamente: el movimiento de los remos seguía el compás del canto.

Rangiriri es la localidad principal de la conca inferior del Waikato de que forma el punto céntrico. Allí encontramos el *pah* que está rodeado de un orden de empalizada, completamente abandonado: en las chozas tampoco había un alma. Sus habitantes se habían dispersado para ir á pasar el verano á sus posesiones inmediatas, y solo se reúnen los domingos en la iglesia. Después de recoger sus cosechas, vuelven al *pah* donde permanecen todo el invierno. A poca distancia detrás del *pah*, descubrimos la iglesia y me sentí sorprendido á la vista de aquel espacioso templo de construcción elegante y bien conservado, donde todos los domingos se reúne una comunidad maorí á oír el sermón que predica un indígena. A algunos centenares de pasos más lejos se alza la colina de Rangiriri desde donde se descubre una vista magnífica sobre el Waikato.

Yo había oído hablar en Auckland de una mina de carbón de piedra de grande importancia, y poco distante de la cadena del Taupiri. Llegamos allí el 11 de mayo, y muy luego encontramos un guía que nos condujo al criadero de la ulla. Está situado tan favorablemente para la explotación como pueda desearse, y ofrece un cúmulo de materias combustibles que será de grande utilidad cuando establecimientos europeos cubran las orillas del Waikato y surquen sus aguas los vapores.

El reverendo Ashwell que dirige la misión del Taupiri, utiliza desde hace muchos años la mina de carbón para sus necesidades domésticas, y ha encontrado también en abundancia resina fósil. Pendientes casi perpendiculares y gargantas profundamente quebradas caracterizan esta comarca montuosa á en-

trambos lados del río. La cadena de montañas se eleva en terraplenes desde el Waikato hasta una altura de cerca de 1,000 pies sobre el nivel del mar, tomando luego la forma de picachos por la parte del Sur hacia la conca central del Waikato. Muy pronto subimos la corriente hasta el Taupiri, y desembarcamos cerca de la casa de la misión. El edificio está situado en la margen izquierda al pie de las montañas; el terreno es un suelo fértil de aluvión; una espesa cortina de árboles forma el fondo del paisaje. ¡Con qué placer hallamos, por la primera vez desde que salimos de Mangatawhiri, una casa europea, y qué encanto tenía el paisaje, que parecía tomar á nuestra vista grandiosas dimensiones!

Habíamos, pues, llegado á la primera estación principal de nuestro viaje, después de haber andado cerca de 80 millas inglesas, á contar desde Auckland. El reverendo Ashwell estaba ausente; pero mistress Aswell nos ofreció cordialmente hospitalidad en su casa, y aceptamos con tanto gusto como gratitud.

13 marzo. El domingo se guarda por europeos é indígenas de la Nueva-Zelanda con una rigidez puritana, mayor aun que en Inglaterra. El domingo es *ra tapou*, es decir, *dia santo*, en el cual no se puede trabajar ni aun pasarse: la infracción por parte de un *gentleman* tendría doble gravedad en razón del mal ejemplo que daría á los indígenas. Por mi parte, yo me sometí de buen grado á esta estricta prohibición, porque un día de descanso en la semana cuando se viaja á pie, es cosa que no desagrada. Solo hallaba rigurosa la observancia, cuando no había víveres en el punto de parada, como me aconteció una vez que tuve que estar en ayunas hasta el lunes.

Esta vez, fuera del ayuno, el descanso del domingo me fue no solo agradable, sino que también la fiesta del día en el establecimiento de la misión me dejó la impresión más dulce y edificante. La escuela contaba noventa y cuatro educandos, treinta y seis mujeres y cincuenta y ocho varones de edades diversas. El templo es un bello modelo de iglesia maorí: sus paredes son de cañas entrelazadas con mucho arte, y los cuadros de las puertas, como el frontis, están adornados con pinturas. A las once comenzó el oficio divino: los educandos llegaban á la iglesia de dos en dos y en una larga fila, muy aseados y compuestos. Detrás venían los hombres y mujeres del pueblo y de los establecimientos inmediatos. La ceremonia consistió en cánticos entonados en coro, plegarias y predicación que hizo un indígena con mucho fuego y animada gesticulación.

Yo estaba alojado cerca de la iglesia en la *escuela del domingo*, y no pude menos de admirarme de los conocimientos geográficos de los niños maoríes. Sobre una carta muda colgada en la pared sabían perfectamente indicar el curso del Danubio, la situación de

Viena, y responder con mucha exactitud á mis preguntas acerca de los volcanes europeos.

A las dos se sirvió la comida en el refectorio, comida de domingo que consistía en carne de cerdo y patatas. En fin, á las cuatro se rezaron las plegarias inglesas en la sala de la escuela; después se me presentaron varias labores de las jóvenes maoríes, á las cuales se les enseñan muchos trabajos útiles, mientras que los varones se ejercitan en la agricultura y otros oficios. Noté sobre todo unas esteras de paja y tapices de lino zelandés de muchos colores, trabajados con gran habilidad. Los niños permanecen en el establecimiento de la misión hasta que son grandes. Aunque el resultado de la educación no es todo lo que podría desearse, no por eso merecen menos estimación y gratitud por sus esfuerzos este misionero y su familia, cuyos individuos toman igual parte en la civilización de un pueblo diez años há bárbaro todavía.

El 14 de marzo nos volvimos á poner en marcha y en las fértiles márgenes del Waikato por encima del Taupiri vimos sucederse establecimientos á establecimientos, con muy bellas plantaciones. En la confluencia del Waikato y el Waipa á 5 millas del Taupiri sobre la punta de tierra comprendida entre las aguas, se eleva la residencia del rey de los maoríes. No permitiéndole al capitán Hay sus principios políticos hacer una visita á S. M. *Potatau Te Whero-hero*, pasamos de largo sin ver este paraje notable en que flotaba el pabellón nacional indígena.

Habiendo pasado del Waikato al Waipa, seguimos por sus altas márgenes hasta el viejo *pah* de Tekohai, donde fuimos á visitar al jefe influyente llamado Takerei, quien en razón de sus sentimientos amistosos para con el gobierno, tenía títulos á nuestra atención y respeto. La recepción fue muy ceremoniosa: encontramos al jefe con su amigo Hawaiki y tomamos asiento en esteras cerca de los dos jefes. Una larga conversación política, de que no entendí palabra, se entabló entonces entre ellos y el capitán Hay. Yo hacia mis observaciones en silencio: jamás había visto una frente maorí más bella y noble que la del fiero Takerei; pero tampoco rasgos más fríos y austeros que los de su rostro pintarrajado en todas direcciones. Ni una sonrisa, ni un gesto amistoso despejó su semblante durante nuestra visita, bien que se prolongara muchas horas. Estaba sentado replegado en sí mismo, envuelto en un sucio cubretodo de lana, fumando en pipa y lanzando severas miradas en torno de sí. De vez en cuando, y con voz dura y breve palabra, daba órdenes á los indígenas que entraban y salían. Había algo de imponente, pero también de salvaje en la expresión de aquel hombre que me pareció fundido en acero. Y sin embargo, los europeos deben reconocer en Takerei un hombre muy sensato, que no quiere saber nada de los complots maoríes,

que se ha desprendido generosamente de una parte de sus tierras con el fin de establecer una escuela de misioneros y ha hecho uso de toda su influencia para impedir que las bebidas espirituosas (*wai pirau*, es decir, agua infecta) se introduzcan en el país. Asegúrase que no permite subir el río á las canoas cargadas de aguardiente.

Takerei dispuso en nuestro honor una comida, y como según las costumbres del país hubiera sido inconveniencia reusar, suspendimos nuestra marcha hasta después de haber comido con ambos jefes unas patatas, anguilas y leche.

A la luz de la luna emprendimos el camino y fuimos á Karakariki, donde encontramos á sus habitantes tendidos al amor de la lumbre en una gran cabaña: era, en verdad, un verdadero cuadro de gitanos. Pero la noticia de la llegada de los *pakehas* los puso á todos en pie, y hasta las altas horas de la noche nuestras tiendas estuvieron rodeadas de curiosos.

El 16 de marzo paramos en la misión de *wesleyenne* de Kopua, donde fuimos acogidos cordialmente por el reverendo Alejandro Read. Pasamos la noche hablando de las costumbres de los indígenas y de su aptitud para la civilización; y el día siguiente Mr. Read llevó su amabilidad hasta acompañarnos á las orillas del Waipa, donde hallamos una numerosa sociedad de maoríes, de cerca de doscientas personas reunidas para una comida nupcial. Habíanse armado unas tiendas y los convidados se agrupaban en torno de las mesas cargadas de pan, patatas, maíz, magras, té y toda clase de frutas. En estas fiestas, para las cuales se elige ordinariamente el tiempo que sigue á la recolección, como el de mayor prosperidad, el regocijo se prolonga por tres días. Pero como consecuencia de tales gastos, las privaciones se hacen sentir antes de la nueva cosecha.

Cuando nos vieron llegar, nos ofrecieron canastas de carne y patatas, y no había que pensar en proseguir nuestra marcha sin hacer honor á la mesa de aquellas buenas gentes. Yo debía ponerles buen rostro, y en señal de aceptación tuve que frotar mi nariz con la de una mujer de edad, bien que amable, y esposa del jefe Ngaturo, la cual me ofreció una magra, patatas y manzanas, obligándome á sentarme á su lado en medio de los convidados, que se presentaron sin más vestidos que los de la conocida escena de *Macbet*.

Después había que elegir entre dos caminos para ir de Waipa al lago Taupo: uno conduce al pie del Maungatautari á lo largo del valle del Waikato y termina en la estremidad setentrional del lago; camino que siguió en 1851 Dieffenbach y por donde cada quince días pasa ahora la mala de la bahía de Hawke á Auckland: el otro camino lleva á la estre-

midad meridional del lago subiendo el Waipa al través del país de Mokau y Wanganui. Este es mucho más largo y difícil que el primero; pero como pasa por comarcas rara vez visitadas, prometía ser más

interesante: la elección, pues, no fue dudosa. Despedímonos cordialmente de Mr. Read y su familia y al despedirnos también (á usanza alemana) de aquellas amables damas, uno de los maories dijo: Mirad;



Retratos del jefe Hoke y de su mujer.

esos son verdaderamente jefes de su país, pues tienen cortesía; los otros (designando á nuestros criados) no son más que esclavos europeos.

#### VII.

La región de los volcanes, de las aguas termales y geysers.— El lago Taupo y el Te-Ta-Rata.

El 7 de abril pasamos el Mokauiti y entramos en un espeso bosque. Trepábamos con dificultad sobre

resbaladizas raíces, á media luz, cuando oímos un disparo de fuego á nuestro lado, y detrás del monstruoso tronco de un kahikatea, apareció una cara de mirada feroz y aire salvaje, con una escopeta de dos cañones en la mano: en una palabra, un bandolero, como no lo han descrito jamás las más pavorosas historias. Mas allá, alrededor de una fogata, estaba tendida y armada también toda su banda. Pero estábamos en la Nueva-Zelanda, y los ladrones no eran sino



El lago Taupo.